

vilegios y consideraciones.» «Hicieron mas singularmente en principio,» agrega el instruido escritor tambien mejicano, D. Victor José Martinez: (1) «pusieron en juego » todos los medios á propósito para que desapareciera hasta el uso de la palabra *conquista*; y la diferencia de razas, conquistada y conquistadora: favoreciendo á todo » trance, con tan loable fin, el cruzamiento de ellas. Con- » fundidas las razas, no habria conquistada ni conquista- » dora en la sociedad que con el cruzamiento de ellas se » formase.» Otro historiador, mejicano como los anteriores, Don Francisco de Paula de Arrangoiz, dice: «La conquista de Méjico es la *única* que haya producido realmente grandísimos bienes á la humanidad y á la civilizacion, al contrario de lo que ha sucedido en las demás conquistas y guerras, que, como la que emprendió el primer Napoleon, casi todas inicuamente, solo han llevado la muerte, el incendio, la inmoralidad; la destruccion en una palabra, sin dejar nada útil.»

1863. El dia 9 de Junio llegó el general Forey al Peñon, distante poco mas de tres leguas de la capital, última jornada que le separaba de ella. Una diputacion de la junta provisoria de gobierno le estaba esperando ya en el expresado sitio del Peñon, y llegado á este, le felicitó cordialmente, renovándole la seguridad de la cooperacion activa de todos los ciudadanos para la realizacion de la obra de regeneracion que le habia encomendado el emperador de los franceses. Muchísimos individuos de todas clases y de todos los cargos, fueron de la ciu-

(1) «Sinopsis histórica filosófica y política de las revoluciones mejicanas.»

dad á saludarle, y la capital se preparaba para recibirle afectuosamente al siguiente dia.

Eran las diez y media de la mañana del 10 de Junio cuando el ejército franco-mejicano hacia su entrada solemne en la capital. El general Forey, apreciando la abnegacion con que las tropas mejicanas habian sufrido toda la penosa campaña desde que llegó al país, su valor y los importantes servicios prestados en la conduccion de convoyes, por sitios peligrosos, luchando constantemente, les hizo tomar el lado de honor para penetrar en la populosa ciudad. La batería situada en la puerta de San Lázaro anunció á la poblacion que entraba el ejército aliado.

Las calles de las Maravillas, de la Plazuela de la Santísima, Hospicio de San Nicolás, Santa Teresa la Antigua, Escalerillas, Tacuba, Santa Clara, San Andrés, el Puente de la Mariscalá, calle de San Juan de Dios, San Diego, Corpus Christi, Puente de San Francisco, calles primera y segunda del mismo santo, y las dos de Plateros para entrar á la Plaza de Armas en que se levanta la suntuosa catedral y está situado el palacio nacional, ostentaban ricas colgaduras en sus balcones y ventanas, arcos de flores naturales que cruzaban de una acera á la otra, inscripciones en elogio de la intervencion, y los retratos de Márquez, de Almonte, de Forey y de otros personajes del partido conservador. Las calles, los balcones de los edificios, las puertas, las ventanas y las azoteas se veian apretadas de gente, ávida de manifestar su adhesion al nuevo orden de cosas. Mas de cien mil almas estaban reunidas en el largo espacio que tenian que atravesar las tropas por la ciudad. Varios arcos triunfales se veian en diversos

puntos por donde el ejército aliado tenía que pasar. Uno de los que se ostentaban en las calles de San Francisco, formado de ramas y banderas, tenía los retratos de Maximiliano y de Carlota, manifestando así que el pensamiento de monarquía, con esas personas al frente de ella, se iba generalizando. Otro arco triunfal que se destacaba en la primera calle de Plateros, formado de lienzo pintado al temple y coronado de un trofeo de armas, tenía en el arquitrave que daba vista al Poniente, en orlas de laurel, los nombres de los principales jefes franceses, ocupando el centro el del general Forey; y del lado de la plaza, los de los principales jefes mejicanos, quedando en medio el del general Almonte. Por ambos lados había, en el mismo arco, inscripciones y versos en honor del emperador, de los generales y ejército de Francia, así como del ministro de la misma nación Saligny, y de los mejicanos Almonte, Márquez, Taboada, Mejía y otros.

1863. Marchaba á la vanguardia el general Don Junio. Leonardo Márquez, de gran uniforme, en union de los generales Zires y Andrade, mandando algunos cuerpos de su division mejicana; seguia inmediatamente el ejército francés, á cuyo frente iba el general en jefe Forey, marchando á su derecha D. Juan Nepomuceno Almonte y á su izquierda el representante de Francia, Sr. de Saligny.

Las tropas marchaban bajo una incesante y vistosa lluvia de flores y de versos, de coronas y de cintas de raso con expresivas inscripciones que les arrojaban de los balcones y de las azoteas, escuchándose á la vez las salvas de artillería, el repique de campanas, los cohetes voladores y

los vivas á Méjico, á Francia, á la religion, á la paz, á Márquez, á Forey y á la independenciam.

Yo presencié esta entrada desde uno de los balcones del primer piso de una espaciosa casa de la calle de Santa Teresa, y confieso que me conmoví al notar el profundo y vivo entusiasmo que animaba, no á los hombres políticos que pudieran abrigar ideas de engrandecimiento personal, sino á las familias pacíficas, á las personas laboriosas y honradas que suspiraban por la paz y la union que habían alejado las contiendas de partido.

1863.

Junio. No hay escritor de los que presenciaron la recepcion hecha á las tropas franco-mejicanas en Méjico y haya hablado de ella, que no la haya descrito como una de las mas pomposas y lucidas. Aun los que escribieron en Europa por informes de personas adictas al sistema republicano, la presentaron deslumbrante y de notable efecto. El escritor Don Pedro Pruneda, no obstante sus ideas opuestas á la intervencion, en su obra *Historia de la guerra de Méjico*, publicada en Madrid en 1867, dice: (1) «Repique de campanas, coronas, versos, flores, flámulas, gallardetes, vistosas colgaduras en los balcones, alfombra de verdura en el pavimento de las calles, magnífica pompa religiosa, nada se omitió para que la recepcion fuese lo mas ostentosa posible.» En esto, los informes que le dieron eran exactos; pero en lo que sufre una equivocacion histórica es en el párrafo en que asienta, que «aquella pompa, aquellas aclamaciones, aquel movimiento, aquella algazara con que oficialmente los

(1) Consta la obra de un tomo, en cuarto mayor, de 455 páginas.

»conservadores celebraban la llegada del vencedor de Puebla, todo era ficticio.» La historia es para presentar los hechos de la manera que realmente pasaron, y con mucha mas razon cuando de referirlos con fidelidad no se ofende á ninguno de los dos grandes partidos que se habian disputado el poder por espacio de cuarenta y tres años. El partido republicano juzgaba que con las leyes de reforma consignadas en la constitucion de 1857, el país llegaria al grado de esplendor mas elevado, y al luchar por sus principios, cumplia con lo que juzgaba un deber de conciencia y de patriotismo: el resto del país creia, por el contrario, que el bien de la nacion estribaba en la unidad católica y en establecer un gobierno monárquico que, mientras se consolidaba, podia contar con el apoyo desinteresado de la Francia, puesto que la triste experiencia de prolongados años de lucha entre los dos grandes partidos liberal y conservador, habia venido á demostrar que ninguno de ellos podia, por sí solo, dominar al otro para establecer la paz. Por eso en Anton Lizardo admitió el gobierno de Don Benito Juarez la proteccion armada de la escuadra de los Estados-Unidos que apresó á la escuadrilla mejicana que pertenecia al gobierno de Miramon, sin que esto pueda perjudicar en lo mas mínimo el acendrado patriotismo del partido liberal. Este, lo mismo que el conservador, anhelaba auxilio extraño, no para que dominase el país, sino para que le ayudase en la lucha y le sostuviese en el poder en tanto que llegaba á consolidarse. Las demostraciones de aprecio hechas, por lo mismo, al ejército francés por los habitantes de la capital, eran sinceras. En aquella recepcion, nada se hacia *oficialmente*, porque ni aun ha-

bia habido lugar para que así se hiciera. No hubo excitativa de parte de autoridad ninguna conservadora para que el vecindario adornase sus balcones, colocara arcos en las calles, arrojase coronas y versos, victorease al ejército franco-mejicano, y saliese á recibirle llenando las plazas y las calles del tránsito. La manifestacion fué espontánea; no hija de rencor ninguno de parte de la gente laboriosa y pacífica hácia el partido juarista, sino nacida de la lisonjera esperanza de que á las luchas que habian embrocado á la nacion, iba á suceder la paz, fuente de prosperidad y de ventura para los pueblos.

No se hallaba tampoco mejor informado el expresado escritor D. Pedro Pruneda respecto del sentimiento puro, **1863.** inestinguible de amor á la patria que anima **Junio.** á todos los mejicanos, sin excepcion de clases ni comuniones políticas, al asentar que en la brillante recepcion, nada omitieron los que la hicieron, de la esplendidez «*que se concede á los conquistadores.*» Yo que he vivido muchos años en aquel hermoso país y que he tenido la dicha de tratar á las personas de todos los partidos lo mismo que á la sociedad pacífica, puedo asegurar que ninguno de los que han nacido bajo el cielo de la mal juzgada nacion mejicana, recibiria á ejército ninguno que fuese á conquistarla, con demostraciones de regocijo, sino con encono y actos hostiles. Cuando se trata de la independencia de la patria, todos los mejicanos se unen para defenderla. En 1829, al creerla amenazada por la expedicion española al mando de Barradas, el partido yorkino y escocés, esto es, el liberal y conservador, como se denominan actualmente, empuñaron las armas, y unidos, marcharon á

combatir contra los invasores. Igual cosa sucedió en 1837, armándose los pueblos, sin excepcion de colores políticos, para oponerse á las pretensiones de la Francia que envió su escuadra á las aguas de Veracruz al mando del contra-almirante Baudin; y de la misma manera obraron en 1847 contra la invasion norte-americana, cuyas tropas, al entrar en Méjico, hallaron desiertas las calles, recibiendo pocas horas despues, no demostraciones de amistad, sino un fuego constante de fusilería que salia de los balcones y de las azoteas de las casas. Sí, pues, el ejército franco-mejicano alcanzó en 1863 la recepcion que dejo referida, fué porque no se juzgaba amenazada la independendencia, sino porque consideraba el partido conservador á los soldados franceses, como los auxiliares de su causa, y al gobierno de Napoleon como el apoyo desinteresado del sistema que se anhelaba establecer. El deseo de paz y de un gobierno estable abrigaban los pueblos, y no es de extrañar, por lo mismo, que al creer que iba á realizarse por medio de la intervencion, acogiesen ésta con entusiasmo. (1) La culta

(1) Que el escritor D. Pedro Pruneda no tenia informes muy exactos en algunos puntos que refiere, se ve en la diversa manera de presentar las cosas que hay entre él y D. Manuel Rivera Cambas, escritor mejicano de ideas altamente liberales, en su obra *Los gobernantes de Méjico*. El primero, que publicó en Madrid su *Historia de la guerra de Méjico*, presenta al gobierno de Don Benito Juarez, recibiendo recursos de dinero y de gente, de una manera voluntaria de parte de los pueblos, cuando el segundo, pintando las dificultades con que tenia que luchar para alcanzar ambas cosas, dice en la página 633 del segundo tomo: «Hacer la guerra sin dinero es un imposible, y por eso el Sr. Juarez decretó otra contribucion del uno por ciento y dispuso la emision de bonos por valor de quinçe millones. En Méjico se llevaba adelante las fortificaciones

prensa europea juzgaba este deseo como natural y justo. Varios periódicos de notable reputacion vieron en la recepcion hecha al general Forey, un anhelo laudable de los habitantes por establecer un gobierno sólido que, conservando la independendencia del país, le diese paz duradera. Los redactores del acreditado periódico *La Esperanza*, que se publicaba en Madrid, decian con fecha 20 de Julio de 1863, que todas las noticias que llegaban de Méjico, pintaban la recepcion hecha al ejército expedicionario francés en la capital, con los colores mas favorables para éste. Despues de consignar «que reinó en ella gran entusiasmo; que entre sus *vivas* se hicieron notar los dados al emperador, á la emperatriz y á la *Intervencion*; que segun un despacho, los soldados franceses entraban en la ciudad materialmente agobiados bajo el peso de las coronas y ramilletes de flores que sobre

1863.

Junio.

»(antes de la salida del gobierno de Juarez de la capital) mediante una terrible contribucion personal de tres reales» (que equivalen á siete y medio reales vellon en España) «gabela que causó muchos males, pues aquellos que carecian de recursos para satisfacerla, eran conducidos á trabajar como simples operarios ó como delinquentes;» y en la página 635 del mismo segundo tomo se expresa así: «En la capital continuaban con actividad los trabajos de fortificacion, se hacian requisiciones de caballos y el Sr. Juarez mandó vender los bienes de Jecker que aun quedaban sin rematar. La junta patriótica ordenaba disposiciones alarmanes: el destierro de los que se creia enemigos, que se ocupara el dinero donde lo hubiera, que se organizara el pueblo en masa y otras semejantes.»

Ya el lector ve la diferencia que hay entre lo que dice el escritor que publicó su obra en Madrid, y lo que asienta el autor mejicano D. Manuel Rivera Cambas en *Los Gobernantes de Méjico*, no obstante sus ideas liberales y republicanas.

ellos echaban los moradores de la capital,» añadía: «No
»hay motivo para presumir que esas noticias estén exage-
»radas en el fondo. No tiene nada de extraño que un pue-
»blo pacífico y religioso haya recibido con tanto gozo y
»entusiasmo á los que entraban en él diciendo que iban á
»librarle de la anarquía que le ha estado devorando mas
»de cuarenta años ha, al paso que á restablecer sus alta-
»res.»

Al llegar al frente de la catedral, el general Forey, Al-
monte y Saligny desmontaron de sus corceles, y seguidos
de su numeroso estado mayor, entraron al templo bajo el
pálio con que salió á su recibimiento el cabildo eclesiás-
tico hasta las gradas del átrio, escuchándose al punto la
orquesta y músicas militares en el interior de la grandio-
sa basílica. Habiendo tomado asiento bajo dosel los tres
personajes referidos, se dió principio á la accion de gra-
cias al Todopoderoso, y terminado el *Te-Deum*, se dirigió
Forey, acompañado de los mismos individuos, al palacio na-
cional, donde le esperaba el jefe político con su comitiva
para hacerle cesion del mando y ponerle en posesion del
edificio. Hechas ambas cosas, que fueron acompañadas de
un breve discurso de felicitacion á que contestó con agrada-
bles frases el general Forey, salió éste al balcon para pre-
senciar el desfile de las tropas.

Pocos momentos despues, y anhelando manifestar la
grata emocion que habia experimentado con la entusiasta
recepcion que se le habia hecho, expidió una proclama, di-
ciendo á los mejicanos que tuviesen plena confianza en él,
y que no se excitasen las pasiones por medio de escritos,
libelos, ni otra clase de producciones que pudiesen herir á

persona alguna: «No quiero tomar ni un instante de re-
»poso antes de haberos expresado todo mi reconocimiento
»por la brillante acogida que habeis hecho hoy al valiente
»ejército que tengo el honor de mandar. No tengo expre-
»siones bastantes para significaros lo que mi corazon ha
»experimentado; pero yo he contraido en este dia, que de-
»jará para toda mi vida el mas dulce recuerdo, una deuda
»sagrada, y es la de trabajar sin descanso á fin de daros lo
»que deseais, la paz, el orden, la justicia y la verdadera
»libertad.

«Cuento con que todos los buenos mejicanos me ayuda-
»rán en el cumplimiento de mi mision, que hareis fácil,
»si depositais en mí vuestra absoluta confianza, escu-
»chando los consejos que os doy desde este momento; no
»excitar las pasiones por medio de escritos, libelos, repre-
»sentaciones, folletos, etc., etc., porque todo esto seria
»prematureo.

«Cuando un edificio ha sido destruido, no se puede re-
»construir sino poco á poco, si es que se quiere que sea
»realmente sólido; tened pues paciencia, y con la protec-
»cion Divina, en la cual pongo toda mi confianza, vence-
»remos las dificultades de la grande obra de regeneracion
»en la que debemos trabajar todos de consuno.»

Casi en los mismos momentos, impresionado gratamen-
te aun por las demostraciones de júbilo con que habia si-
do recibido, dirigió al ministro de la guerra el siguiente

1863. despacho: «Méjico, 10 de Junio de 1863.—

Junio.

»Acabo de entrar en Méjico á la cabeza del
»ejército. Con el corazon todavia conmovido, dirijo de pri-
»sa este despacho á V. E., para anunciarle que la pobla-